
EL SOCIALISMO ASTURIANO EN EL EXILIO

Adolfo FERNÁNDEZ PÉREZ

El precedente de la ASRA

La experiencia orgánica de los socialistas asturianos fuera de su región había tenido un magnífico preámbulo en la Agrupación Socialista de Refugiados Asturianos (ASRA), fundada en Barcelona después de la caída de Asturias en manos de las tropas franquistas en octubre de 1937. La ASRA —cuyo Comité Ejecutivo estuvo formado por Inocencio Burgos (presidente), Belarmino Tomás (vicepresidente), José Barreiro (secretario general), Rogelio Lagar (secretario administrativo), López Mulero (secretario sindical), Avila (secretario juvenil), Purificación Tomás (secretaria femenina), Paulino Rodríguez (secretario de milicias), Manuel Suárez (secretario de actas) y Amador Fernández (vocal)— tuvo su sede en la barcelonesa Vía Diagonal, 413, y articulaba a los distintos grupos de asturianos socialistas dispersos por la zona republicana con los que se coordinaba a través de un delegado presidente y un delegado secretario. Los medios disponibles procedían de las cotizaciones, donativos, etcétera. Y en

cuanto a los fines, aparte de impedir la absorción de los asturianos por el Partido Socialista Unificado de Cataluña «sabiendo como sabíamos, que entrar en tal organización equivalía a entrar en el PCE» (José Barreiro), se pueden sintetizar en la «solidaridad y ayuda» a los compañeros entendidas en sentido amplio.

Los orígenes de la CSA

El exilio en Francia, iniciado en febrero de 1939, abrió una nueva etapa en la vida del conjunto de los refugiados españoles que, en número de unos 500.000, atravesaron los Pirineos acosados por las tropas franquistas. El colectivo de socialistas asturianos, aunque geográficamente diseminados, mantuvo desde el primer momento una fuerte cohesión fruto no sólo del origen geográfico común, sino también de la imborrable huella dejada entre todos por las intensas experiencias históricas previas vividas solidariamente. Fuentes conservadas en la Fundación José Barreiro nos permiten saber que, ya en agosto de 1939, un grupo de asturianos asiduos al Café Continental de Narbona realizaron los primeros contactos para recuperar la organización socialista regional en medio del caos general y mantener la continuidad histórica de la Agrupación Socialista de Refugiados Asturianos. El proyecto acabó cuajando —a pesar de los campos de refugiados, de los peligros de la ocupación alemana, de las múltiples privaciones, etcétera— en la formación de la Comisión Socialista Asturiana (CSA) en 1942.

El temor que entre muchos compañeros produjo el intenso proselitismo comunista, canalizado a través de la Unión Nacional Española fundada en Montauban, cerca de Toulouse (Francia), en el verano del año precitado, recreó la situación que en Cataluña había determinado la amenaza de absorción por el PSUC y la fundación de la ASRA y parece que aceleró la actividad orgánica de los asturianos socialistas acuciados, además, por la necesidad de recuperar las prácticas de solidaridad y ayuda con los más necesitados que en Cataluña había desplegado la Agrupación de Refugiados. Organizándose, perseguían además, entonces, otro objetivo: iniciar la reconstrucción del PSOE, colaborando con el Comité de Coordinación encargado de convocar el primer Congreso del Partido Socialista Obrero Español en el exilio.

Celebrado dicho Congreso en Toulouse los días 24 y 25 de septiembre de 1944, el grupo de asturianos decide continuar su labor, tomando definitivo carácter constituyente en una famosa asamblea que se convocó en Montauban el 14 de octubre de 1945, para crear entonces formalmente la Comisión Socialista Asturiana (CSA).

En el acta de la citada asamblea se dice lo siguiente: «Opinábamos que era útil seguir manteniendo la relación de carácter político que an-

tes del congreso manteníamos, sin entrometernos en la vida ordinaria del partido, sin crear carnets, cotizaciones regulares (...), sino (para) mantener viva la querencia asturiana, permanecer todos unidos y en contacto y preocuparnos por nuestra región».

En el transcurso de aquella asamblea, y según consta en el acta correspondiente, fue elegida la primera Comisión Ejecutiva de este organismo, quedando estructurada de la siguiente forma:

Secretario general (y gran animador de la Comisión hasta su fallecimiento en agosto de 1975): José Barreiro.

Secretario adjunto y tesorero: César Antuña.

Secretario de estudios (presidente desde 1956): Paulino Rodríguez.

Adjunto de estudios: Daniel Noval.

Secretario administrativo: José Fernández Flórez.

La dirección así constituida —cuya composición no varió sustancialmente durante los años de existencia de la CSA, salvo para cubrir con José Mata la vacante dejada por José Barreiro en 1975— se encargó de impulsar la formación de grupos de asturianos en aquellos lugares de Francia, América y el norte de África donde residieran al menos tres o cuatro compañeros, sobre la base de los objetivos definidos en la Asamblea de Montauban.

Los objetivos de la CSA

Estos objetivos eran los siguientes:

- Impulsar el desarrollo de actividades culturales, políticas y, sobre todo, recaudar fondos para canalizarlos hacia la solidaridad interna.
- El dinero conseguido por la CSA iba destinado muy especialmente para ayudar a los compañeros de la Federación Socialista Asturiana (FSA), reorganizada en la clandestinidad desde octubre del año 1943.

La trascendencia histórica que tuvo para el socialismo asturiano la relación, nunca interrumpida, entre los hombres del interior (Federación Socialista Asturiana) y del exilio (Comisión Socialista Asturiana) es posible que sólo haya sido percibida por los más veteranos del partido. Sin embargo, en la actualidad puede captarse revisando la copiosa documentación conservada en el Archivo de la Fundación José Barreiro, que fue entregada por diversos compañeros residentes en Francia.

Solidaridad y ayuda

Nosotros queremos simplemente apuntar un dato: no parece exagerado afirmar que la Federación Socialista Asturiana mantuvo su continuidad orgánica, durante la larga noche del franquismo, gracias al

apoyo material y moral, prestado sin desmayo, y dentro del organigrama PSOE-UGT, por sus compañeros. En efecto, el objetivo esencial de la CSA era el de reandar fondos que se distribuían en dos partes: una iba a parar al denominado Fondo de Solidaridad o de ayuda a los asturianos que vivían en extrema necesidad en el exilio, y otra para el Fondo de Ayuda al Interior, con el que se trataba de mantener la infraestructura material que permitía el funcionamiento de las organizaciones clandestinas; pero también «para que aquellos compañeros sepan que pensamos en ellos y que sus luchas y preocupaciones las hacemos nuestras».

El esfuerzo económico que el allegar esos fondos suponía para los asturianos en el exilio era realmente «titánico porque la vida aquí de los refugiados es muy pobre y muy difícil».

Es cierto que no existían cotizaciones fijas —lo prohibían los estatutos del partido— pero prácticamente funcionaban como tales. Y los afiliados de la Comisión —que, no se olvide, contribuían también con sus cuotas al sostenimiento del partido, la Unión General de Trabajadores y Solidaridad Democrática—, cuando las necesidades del interior apremiaban (detenciones, huelgas, etcétera), recurrían a otros expedientes tales como la venta de folletos socialistas, fotos (por ejemplo, la de los guerrilleros después de su llegada a San Juan de Luz junto a Indalecio Prieto, Amador Fernández y José Fernández Flórez), rifas, tómbolas.

De la ayuda prestada a los compañeros del exilio y del interior queda constancia en los balances que presentaban el secretario y el tesorero de la CSA. Con respecto a la ayuda económica al interior hay que resaltar la enorme importancia material y, sobre todo, moral que los compañeros de la Federación Socialista Asturiana (FSA) le atribuían. Baste recordar que ya en 1948 la CSA colaboró con más de 200.000 francos para sufragar los gastos de la salida de los últimos guerrilleros socialistas. Posteriormente, el celo de las ejecutivas de Toulouse por garantizar el destino de sus recursos, y/o la ineficacia de la Comisión Ejecutiva Nacional, hicieron que los envíos de la CSA fuesen los únicos medios económicos con que contaba la FSA. Todavía en 1971 Agustín González (*Otilio* en la clandestinidad), dirigente de la FSA, escribe desde Bayona a la CSA indicando las dificultades que tenían para obtener fondos de la Comisión Ejecutiva del Interior y de Toulouse: «Desde junio del año pasado no nos mandaron ni un céntimo»; para concluir, «si no fuera por vuestra ayuda estaríamos arreglados».

Pero la actividad de la CSA no se limitó a la solidaridad económica. También organizó otros servicios tales como el paso clandestino de la frontera franco-española y girar dinero de particulares para sus familiares del interior; fueron importantes asimismo las gestiones que sus componentes realizaban para buscar trabajo a las gentes que llegaban

de España «movilizando» a los distintos grupos de asturianos con tal fin. Sus iniciativas como «Comisión de Estudios» fueron realmente menos importantes y casi siempre se encuadraban dentro de los planes generales del partido. Así, la colaboración de Barreiro en las Escuelas de Verano; no obstante, es preciso reseñar la preocupación que sus dirigentes, y en especial su secretario general, tuvieron por la formación ideológico-política de los militantes para lo cual apoyaron, en la medida de sus posibilidades, la asistencia de jóvenes del interior a los cursos de formación que a tal fin organizaba el partido en Francia; el mismo objetivo perseguía la introducción clandestina en España de folletos, boletines, prensa, etcétera.

Por otra parte, la CSA aspiró desde el primer momento al control de enlaces y contactos de todo tipo con el interior y, aunque el Comité Ejecutivo Nacional del PSOE no admitió nunca esa posibilidad, lo cierto es que muy pronto los planteamientos de la CSA se imponen y las relaciones entre los socialistas asturianos del interior y las ejecutivas del PSOE-UGT se canalizan a través suyo.

De este modo, los socialistas asturianos se comportan, casi de manera unánime, como un bloque compacto que inevitablemente transforma a la CSA en un grupo político con gran capacidad de influencia en las decisiones de las ejecutivas y en los acuerdos de los congresos, por más que ese no era el objetivo explícito para el que había sido creada.

El activismo político

La costumbre de los delegados asturianos de reunirse antes y después de la celebración de los congresos para acordar estrategias y posiciones es muy conocida en los medios socialistas del exilio y está testificada documentalmente.

Esa función política de la CSA —que nos atrevemos a calificar de trascendental para la historia del socialismo español— se empieza a poner de manifiesto desde los primeros momentos de su creación. Ya en la comentada asamblea de Montauban se dio cuenta de los contactos políticos mantenidos con los compañeros republicanos asturianos y cenetistas de la Regional de Asturias, León y Palencia, representados por José Maldonado y Noval respectivamente y, aunque en principio no fue posible «establecer ninguna alianza por expresa prohibición del Pleno Nacional», José Barreiro les transmitió, en nombre de la CSA, «el deseo de sostener con estos amigos un nexa político que sentase las bases de futuras relaciones cordiales y fructíferas en hechos cuando nos encontremos en Asturias».

Posteriormente, en septiembre de 1946, al vislumbrarse una posibilidad de inmediata solución al «problema español», la CSA emite una

circular (n.º 6) en la que recomienda a los asturianos estén preparados «para cruzar la frontera al primer aviso» con el fin de «hacer por el partido todo cuanto las circunstancias aconsejen».

Significativa fue también la actuación del secretario de la CSA de cara al III Congreso del PSOE en Toulouse (febrero de 1948), en el que se pretendía ratificar la confianza en la política de pacto con los monárquicos propugnada por Indalecio Prieto. José Barreiro, prietista destacado, procura arrastrar en esa dirección a los asturianos del exilio.

La función política que la CSA desempeñó no puede aparecer más clara y los ejemplos podrían multiplicarse. Pero, en este sentido, creemos que cuando su labor fue realmente importante es en la década de los sesenta al colaborar de manera decisiva en el proceso de renovación del PSOE y de la UGT, culminado en el Congreso de Suresnes de 1974.

La historia de los socialistas entre 1959 y 1973 está marcada por la desconexión cada vez mayor entre las organizaciones del interior y la dirección, instalada en Toulouse, aferrada a los viejos esquemas políticos: la firma de un nuevo pacto con los monárquicos en 1961, para la constitución de la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) y la formación, en 1960, de la Alianza Sindical (AS) con la CNT y STV fueron la reedición de experiencias anteriores, del tipo de la ANFD; como también lo era el mantenimiento del rigor anticomunista traducido en el rechazo de cualquier tipo de colaboración con el PCE.

Frente a esta postura de la dirección en el exilio, las federaciones provinciales, en contacto con la realidad y ante el temor de ser marginadas por otras organizaciones en la actividad antifranquista, se distanciaron paulatinamente de Toulouse, si no desde el punto de vista político e ideológico, sí en cuanto a la organización y estrategias de actuación, muchas veces llevadas a cabo sin contar con la anuencia del exterior.

La posición de la FSA respecto a la dirección de Toulouse es, posiblemente, el mejor ejemplo nacional de la dialéctica entablada entre el interior y las comisiones ejecutivas del PSOE y de la UGT en el exilio. La tendencia a la autonomía en la organización y en la acción puesta de manifiesto desde 1958 continúa en la década de los sesenta; pero los sucesivos comités provinciales se debaten entre el respeto a las directrices del exterior, que siguen manteniendo la conveniencia de la moderación y la discreción en la actividad clandestina, y los deseos de un activismo, acorde con los nuevos tiempos, capaz de contrarrestar el protagonismo del PCE-CCOO y de evitar la fragmentación de la familia socialista, tal y como se estaba produciendo con la aparición de organizaciones sindicales, como ASO y USO, y de movimientos

políticos del estilo del Movimiento Socialista Catalán (MSC), el Partido Socialista del Interior (PSI) de Tierno Galván, y diferentes federaciones provinciales. Esa misma inquietud es compartida por la CSA que reestructura la dirección dando entrada en la misma a jóvenes como Manuel Simón y Manuel Garnacho, plenamente conectados con esas inquietudes; a ellos hay que unir la presencia en Toulouse de huidos de la represión interior —entre éstos destacan José Castro y Avelino Pérez, llegados de Francia después de las huelgas de 1958 y 1962 respectivamente— y la presión del grupo asturiano de México a través del Secretariado Femenino (Purificación Tomás), actuando en el mismo sentido.

De tal manera que los socialistas asturianos del interior y del exilio estrechan filas en torno a una problemática que les une más que nunca. Al frente de ese bloque compacto, la figura del secretario general de la CSA, José Barreiro, se agiganta como líder indiscutible al unirse en su persona al prestigio de la vieja militancia el ser uno de los pocos veteranos del partido que conecta con las inquietudes del interior y de los más jóvenes. Realmente, los socialistas asturianos del interior, cuya vinculación a la CSA había sido muy intensa en las décadas anteriores, dependen cada vez más, en todos los sentidos (económicos, ideológicos, etcétera), de la dirección de la CSA y del impulso renovador que a la misma supo dar José Barreiro: Chaum, en el sur de Francia, residencia de éste, se convierte en lugar de encuentro para los socialistas del interior, mucho más que Toulouse; y en Hendaya (domicilio de Rafael Hernández) fueron cada vez más frecuentes las reuniones entre los dirigentes de la CSA y los delegados del interior.

De esta doble concurrencia en torno a la necesidad del cambio de estrategias en las ejecutivas del PSOE y de la UGT, surge el espíritu renovador del cual José Barreiro se empieza a hacer eco desde comienzos de la década de los sesenta conduciéndole a un progresivo distanciamiento de los clásicos Rodolfo Llopis, Pascual Tomás, Manuel Muiño, etcétera, cada vez más recelosos ante todo lo que podía significar una amenaza para su posición hegemónica en las organizaciones del PSOE y de la UGT. Ya en 1967, José Barreiro, aunque alegando motivos de salud, dimite de la vicesecretaría del partido; pero en el fondo latían razones de índole política, como es fácil de deducir de la correspondencia mantenida por entonces por el secretario de la CSA con los distintos grupos asturianos del exilio. Valga como ejemplo la carta que escribe el 14 de junio de 1967 a Manuel Valdés (residente en Rouen), que previamente había interrogado a Barreiro sobre si su dimisión se debía realmente a problemas de salud o si era cierto que la CE del partido prefería suprimir la vicesecretaría por razones económicas. Barreiro contestó: «El rumor que llegó a sus oídos según el cual la CE piensa pedir en el Congreso la cesantía del vicesecretario por razones económicas responde un poco a la verdad y los autores de

esa “genial idea” son Muiño, Calzada, Armentia y sus amigos. Son ellos justamente quienes sobran en la CE, como sobra Pascual Tomás y sobra Torregrosa, todos ellos aquejados de senilidad e incompetencia. Si algo útil hay que hacer en el próximo Congreso es precisamente meter gente nueva y joven en la CE. Como predico dando trigo por eso digo que tampoco yo debo ser reelegido a fin de dar paso a hombres jóvenes como Manuel Simón, Manuel Garnacho, los hermanos Carlos y José Martínez Cobo —hijos de Parera—, Tomás Zapico (de Tarbes, hijo de Plácido, el que fue fundador del SMA en Langreo), Antonio García Duarte y otros (...). El futuro inmediato del partido exige una actividad cada día mayor y se necesita, al lado de hombres de vieja experiencia como Llopis, Jimeno y Parera, otros nuevos y vigorosos que representen a la nueva generación».

Quede claro que el cambio de hombres no es para José Barreiro un fin en sí mismo, sino un paso imprescindible para la renovación, como apunta en su escrito a Emilio Vigil (Caracas), el 28 de junio de 1968: «Se necesitan hombres nuevos para una situación nueva. Hay que acabar con los fantasmas de la Alianza Sindical y de la Unión de Fuerzas Democráticas, pues ambas carecen de realidad en España. La Alianza Sindical está condenada a la esterilidad a causa de la CNT que se opone, en virtud de un acuerdo de una Plenaria, a que no entren en la Alianza Sindical movimientos sindicales nacidos después de la Guerra Civil. Estiman que todo lo que no sea sindicalismo clásico peca de comunismo y fascismo (...). A causa de tal actitud se nos está escapando de las manos la clase obrera y estamos posibilitando el nacimiento de otras fuerzas sindicales. La UFD peca algo también de eso, de eliminar movimientos políticos nuevos y viejos, alegando que son minúsculos».

Sin embargo, los objetivos de José Barreiro tardarán en cumplirse. El X Congreso de la UGT, celebrado en 1968, fue decepcionante en sus resultados y como consecuencia de ello, el dirigente socialista asturiano dimite de su cargo de vocal de la CE de la UGT en julio de 1969; junto a él lo hicieron también Andrés Jimeno, Antonio García Duarte y Paulino Barrabés, con lo que la crisis entre los socialistas quedaba definitivamente abierta.

El primer gran paso en la resolución de la misma tendrá lugar en el XI Congreso de la UGT (1971). El papel político que en estos momentos jugó la CSA fue decisivo. José Barreiro, consciente de la importancia que tenía la renovación de la CE de la UGT, realizó un extraordinario esfuerzo para movilizar a los grupos asturianos presentes en las distintas agrupaciones en el exilio, con el fin de lograr que la mayoría de los delegados presentes en el Congreso apoyasen las tesis renovadoras. El resultado no pudo ser más halagüeño: «renovación del equipo del exterior» —que se reduce a cinco a partir de ahora— «a base de compañeros nuevos y más jóvenes»; pero además: «ahora el

poder de decisión reside en los compañeros de España, puesto que la CE se compone de 14 miembros, de los cuales sólo 5 residen en el extranjero» (carta de José Barreiro a Bernardo Díaz del 16 de agosto de 1971).

El proceso renovador continuará en el XII Congreso del PSOE (1972) y se lleva a cabo en la dirección trazada por el XI Congreso de la UGT. Por entonces habían empezado a aparecer en Asturias los jóvenes andaluces, Felipe González y Alfonso Guerra, que en reuniones organizadas en el puerto de Tarna (las primeras de las que tenemos noticias, a través de la correspondencia de Barreiro, datan de 1970. Curiosamente, el líder asturiano se refiere a ellos llamándoles «los predicadores de Tarna») tratan de poner al día la organización asturiana, a la vez que cogen el tren del esfuerzo renovador, impulsado por los asturianos del interior y del exilio, que los llevará a la dirección del partido en el Congreso de Suresnes de 1974, donde Felipe González fue elegido primer secretario. Es a partir de entonces cuando el PSOE, con sus dirigentes ya en el interior, inicia un intenso programa de reorganización y propaganda con evidente éxito nacional y regional.

Epílogo

Pues bien, a pesar de esa inagotable dedicación al mantenimiento y desarrollo del socialismo nacional y regional (el penúltimo ejemplo fue habilitar 75.000 pesetas para la adquisición de la cabaña-albergue de Peña Mayor, con el propósito de que los socialistas asturianos pudieran disponer de un lugar idóneo en donde impartir cursos de formación), la Comisión Socialista Asturiana, estatutariamente instituida en un Pleno Nacional que celebró el PSOE poco después del Congreso de 1944, fue perdiendo sentido una vez desaparecido el franquismo, lo que, por otra parte, coincidió con el agotamiento físico y fallecimiento de sus principales mentores.

Entrando en el fondo de la cuestión, diremos que aquellos compañeros echaron de menos, no sin cierto disgusto, que no se hubiese precedido formalmente a la disolución de la Comisión Socialista Asturiana. Pensaban que podría haberse efectuado, en los primeros años de la transición, mediante un acto público de rendición de cuentas y de reconocimiento, no de sus méritos, sino de los contraídos por cientos de asturianos anónimos que con su esfuerzo hicieron posible la existencia de la Comisión Socialista Asturiana.

Pero los entonces jóvenes dirigentes de la Federación Socialista Asturiana, en aquellos turbulentos años de comienzos de la transición democrática, vivían demasiado inmersos en los innumerables problemas inmediatos y en las cuestiones que iban surgiendo cada día, ante las cuales debían improvisar respuestas. Creemos que éste es el motivo de

que no percibieran la necesidad sentida por sus veteranos del exilio y que, en consecuencia, no hubieran procedido entonces de acuerdo con lo que aquellos compañeros estaban deseando.

Sólo la apertura de varios trabajos de investigación sobre la historia reciente del socialismo asturiano, efectuados en la Fundación José Barreiro, ha hecho que rebroten unos recuerdos y surjan unas inquietudes. Consecuentemente, nació en diversos sectores del socialismo asturiano la necesidad de que la FSA procediese (quizá un poco tarde) a satisfacer una indiscutible deuda histórica, que los socialistas de hoy y de siempre tendrán con aquellos incansables luchadores.

Introducción al libro El socialismo asturiano en el exilio. Actos de homenaje a la Comisión Socialista Asturiana, editado recientemente por la Fundación José Barreiro.
